



CAPÍTULO UNO

La inmensa extensión del Agua Negra se extendía abajo, en el valle, como si se tratara de un infinito mar de color obsidiana. Una densa niebla descansaba encima como una vaporosa piel blanca, acentuando el fresco de primeras horas de la mañana. No se agitaba ni lo más mínimo, sino que permanecía como un cristal estigio: extenso, poderoso e imponente. Había que reconocer que era un lago impresionante, vasto e increíblemente profundo, situado en un enorme cráter que se abría como unas gigantescas fauces de las que sobresalían dientes rocosos. Brillantes jirones plateados descendían entre las piedras apiñadas y los valles ocultos, llenando la cuenca del lago, parecida a un abismo, con las aguas de deshielo de las montañas de alrededor. Su vítrea superficie ocultaba, con su aparente calma, lo que moraba en las profundidades del Agua Negra. Corrían insistentes rumores acerca de antiguos seres, vivos desde mucho antes de que los elfos y los enanos llegaran al Viejo Mundo, que dormían en la líquida oscuridad.

—Varn Drazh —murmuró Halgar Mediamano casi con añoranza.

Una sonrisa arrugó los rasgos del viejo enano, casi ocultos bajo la enorme barba que llevaba trenzada con piezas de oro y pasadores de bronce, mientras contemplaba la vista que se extendía ante él y más allá.

Desde un cerro que daba a la profunda cuenca del Agua Negra, se podían ver mesetas escarpadas y espesos pinares desperdigados entre el yermo paisaje. Serpenteantes senderos y precarios desfiladeros se abrían paso entre las rocas. Halgar siguió uno hasta la cima de las montañas. Los picos,





irregulares, puntas de roca coronadas de nieve, erosionadas por todas las eras del mundo, se alzaban como centinelas desafiantes. Ésta era la espina dorsal de Karaz Ankor, el duradero reino de los enanos, el fin del mundo.

Halgar se alisó el poblado bigote canoso distraídamente con una mano que sólo tenía dos dedos y el pulgar; la otra, dotada de todos sus dedos, descansaba sobre la resistente hacha que llevaba atada a la cintura.

—Siempre me impresiona la majestuosidad de las montañas del Fin del Mundo —comentó con voz profunda el señor del clan Lokki Kraggson, a su lado, mientras su aliento se convertía en vaho en el frío aire matutino.

Halgar frunció el entrecejo. Una inquietante nube cruzó el cielo color platino, cargada de la amenaza de nieve.

—El invierno es el momento de muchos finales —apuntó con tono adusto.

—Al frío le va a costar mucho descargar su ira bajo tierra, no tenemos por qué preocuparnos de su dureza —respondió Lokki.

Halgar soltó un gruñido que podría haber sido de diversión.

—Quizás tengas razón —dijo entre dientes—. Pero eso es lo que pasa con los finales, muchacho, nunca los ves venir.

—Estamos cerca, viejo amigo —añadió Lokki, a falta de algo más tranquilizador, y apoyó la mano, recubierta de anillos grabados con las runas reales de Karak Izor, sobre el hombro del barbalarga.

Halgar se volvió hacia su señor y colocó la mano sobre la de Lokki en un gesto de hermandad.

—Sí, muchacho —respondió, ya sin el menor rastro de su anterior melancolía.

Había fuerza y sabiduría en los ojos de Halgar. El anciano enano había visto mucho, se había enfrentado a muchos enemigos y había soportado más dificultades que nadie que Lokki conociera. Era el profesor del señor del clan y lo instruía en las costumbres de su clan y su fortaleza. Halgar fue el primero que le enseñó a blandir un hacha y un martillo, a formar un muro de escudos y convertirse en un eslabón en la impenetrable malla de una hueste de enanos. Halgar aún llevaba la misma armadura de aquellos días: una gruesa cota de malla y hombreras de metal que lucían las runas de su clan, junto con un yelmo de bronce ribeteado de plata. La antigua armadura era una reliquia que atesoraba de los recuerdos de la batalla. Aunque la limpiaba y le sacaba brillo con frecuencia, aún mostraba oscuras manchas de sangre —viejísimas— que no se podían sacar.

—Yo, por mi parte, agradeceré la hospitalidad de los salones de Karak





Varn —dijo Lokki mientras se apartaba del cerro y atravesaba las largas gramíneas, cargadas de rocío, hacia la Vieja Carretera Enana.

Habían recorrido mucho camino, había sido un viaje de varios meses. Primero al norte de Karak Izor en las Cuevas —la montaña de Cobre— y luego habían atravesado el río Sol en una barcaza, a la sombra de Karak Hirn, la Ciudadela del Cuerno. Cruzar los puntiagudos riscos de las Montañas Negras había resultado difícil, pero los caminos estrechos y poco transitados los habían conducido al Paso del Fuego Negro. Se habían adentrado por el amplio cañón sigilosamente, pues no querían atraer a sus moradores, al menos hasta haber llegado a la orilla del gigantesco lago. Ahora las ondulantes estribaciones cubiertas de rocas del accidentado terreno elevado eran lo único que se interponía entre ellos y la fortaleza de Karak Varn.

—Se me están acabando las suelas de las botas, y las ganas de comer pan enano y kuri —se quejó Lokki.

—¡Bah! Esto no es nada —respondió bruscamente Halgar, cuyo humor se ensombreció de pronto—. Cuando era un barbilampiño y Karak Izor estaba en plena juventud, fui desde la montaña de Cobre hasta Karak Ungor, malditos sean los asquerosos grobis que infestan sus salones. —Escupió e hizo un gesto de dolor mientras regresaba al camino aferrándose el pecho.

Lokki acudió en ayuda del barbalarga, pero Halgar lo apartó con un gesto y un gruñido.

—Tranquilo, sólo es un picor —refunfuñó, conteniendo el dolor—. Maldita humedad —añadió entre dientes mientras se protegía los ojos del sol, que iba saliendo lentamente.

—¿Por qué no te la has sacado nunca? —preguntó Lokki.

Atravesando la armadura y enterrada en el fornido pecho de Halgar se veía la punta de una flecha de goblin. Habían partido el asta emplumada hacía mucho, pero aún quedaba un cabo corto.

—La guardo como recuerdo de la inmundicia de los grobis y la perfidia de los elfos —respondió el barbalarga con los ojos llenos de animadversión. Después descendió pesadamente por el camino dejando atrás a su señor.

—No fue mi intención ofenderte, Halgar —le aseguró Lokki mientras coronaban otra cuesta.

—Cuando seas tan viejo como yo, lo entenderás, muchacho —dijo Halgar, ablandándose de nuevo—. Es mi última lección —añadió, mirando a Lokki a los ojos—. Nunca olvides ni perdonos.





Lokki asintió con la cabeza. Conocía perfectamente los principios de su raza, pero Halgar se los inculcaba con la convicción de la experiencia.

—Ahora, vamos a...

Halgar se interrumpió y señaló hacia un barranco poco profundo situado por debajo de ellos, donde el camino descendía hasta la cuenca del Agua Negra. Lokki siguió su mirada y vio los restos de varios arcones de madera. Eran antiguos, la madera estaba alabeada, cubierta de musgo y aulaga silvestre, pero eran inconfundibles. Sin embargo, fue lo que había junto a los arcones lo que más sorprendió al señor del clan: esqueletos. Huesos y cráneos que sólo podían pertenecer a enanos.

Halgar bajó al barranco andando con mucho cuidado entre los afloramientos rocosos y las resistentes matas de gramíneas silvestres mientras Lokki lo seguía de cerca. No tardaron en llegar a los restos.

Halgar se agachó entre los esqueletos e hizo una mueca. Muchos aún vestían sus armaduras, aunque el tiempo había hecho estragos en ellas.

—Las criaturas salvajes les han dejado los huesos limpios —comentó Halgar mientras examinaba uno—. Los han roído —añadió con desagrado y pena.

—Hay más... —anunció Lokki.

Más allá de donde se encontraban los dos enanos en cuclillas se extendía una llanura elevada azotada por el viento, con los márgenes bordeados de esquisto y guijarros procedentes de la orilla del lago, y más huesos desparramados.

—También hay de grobi —dijo Lokki y tiró un asqueroso trozo de piel mientras caminaba por la accidentada llanura.

Había esqueletos por todas partes, junto con más arcones rotos. Después de haberle servido de alimento a las bestias salvajes, los despojos de la batalla habían quedado desperdigados por todas partes, lo que hacía imposible calcular la magnitud o el significado de aquel combate.

—No me gusta esto —dijo Lokki, dirigiéndose a otro arcón, que también estaba vacío.

—Se trataba de un grupo procedente de Karak Varn —masculló Halgar, que había seguido a Lokki.

—¿Cuántos? —preguntó el señor del clan.

—Es difícil de decir —murmuró Halgar mientras examinaba uno de los arcones con más atención—. Wutroth —dijo para sí, refiriéndose a la madera poco común de la que estaba hecho el arcón.

Por encima de Lokki, una gruesa lengua de roca sobresalía sobre la llanura cubierta de hierba, tapando el áspero sol invernal. Un estrecho





sendero, poco más que un fino rastro, subía serpenteando hasta él desde el antiguo campo de batalla.

—Voy a buscar un mirador mejor —dijo mientras subía por el camino y la barba se le sacudía por los azotes del viento.

Allí, sobre la cuesta, Lokki contempló el alcance de la batalla que había tenido lugar. Divisó por lo menos un centenar de cuerpos de enanos, y el doble de goblins y orcos, aunque sólo Grungni sabía a cuántos más se los habrían llevado las bestias de las estribaciones para roerlos en sus cuevas. Había una gran concentración de huesos —de enanos y pieles verdes— en la orilla del Agua Negra donde Halgar estaba agachado. Los enanos parecían estar colocados en un círculo apretado, como si hubieran caído mientras se defendían con fiereza. Los esqueletos de los orcos trazaban una espiral, alejándose de ese macabro círculo que los había rechazado. También podían verse los restos destrozados de unos treinta arcones. Viejas huellas, de pesados pies calzados con botas, se alejaban del lugar, demasiado grandes y bastas para tratarse de enanos. Aquello no había terminado bien para los guerreros de Karak Varn y Lokki pronunció un juramento entre dientes.

Al regresar del espolón, Lokki encontró a Halgar resiguiendo una runa marcada a fuego en uno de los arcones.

—Gromril —dijo el barbalarga sin levantar la mirada, indicando el contenido del arcón—. Probablemente destinado al Gran Rey de Karaza-Karak —conjeturó, basándose en la dirección de las huellas.

—¿Qué es eso? —preguntó Lokki.

Su aguda mirada había distinguido algo en medio de la carnicería. Un esqueleto de enano llevaba un talismán alrededor del cuello. La cadena estaba deslustrada, pero el talismán seguía tan impoluto como el día que lo habían forjado. Tenía una runa marcada. Lokki se lo mostró a Halgar. El anciano enano entrecerró los ojos y luego lo cogió de manos de Lokki para verlo mejor.

—Lleva la runa personal de Kadrin Melenarroja —anunció, levantando los ojos hacia su señor. Una adusta expresión había aparecido en su rostro al reconocerla.

—¿El señor de Karak Varn? —El tono de Lokki fue igual de sombrío.

—El mismo —confirmó Halgar—. No cabe duda de que cayó protegiendo el envío de gromril para Karak-a-Karak.

—Debe llevar muerto mucho tiempo —apuntó Lokki—, y sin embargo, Karak Varn no lo ha comunicado.

La expresión de Halgar se tornó lúgubre.





—Quizás no pudieron hacer llegar la noticia a las otras fortalezas —sugirió el barbalarga—. No vi huellas de dawis alejándose de esta runk —añadió, señalando el campo de batalla sembrado de huesos—. Lo más probable es que los suyos no sepan qué ha sido de Kadrin Melenarroja.

Lokki bajó la mirada hacia el esqueleto de enano que había llevado el talismán: los restos, al parecer, de lord Melenarroja. El cráneo estaba casi partido en dos. Había un yelmo de metal rajado cerca de allí. Pasó su dedo, de piel oscura y gruesa como el cuero, por la herida.

—El golpe es irregular y burdo, pero lo asestaron con fuerza —dijo.

—Urks —respondió Halgar, mostrando los dientes.

—Vi sus huellas alejándose del combate. Aquí se libró una batalla importante —aseguró Lokki—. ¿Cuánto tiempo crees que llevan aquí estos esqueletos? —inquirió el señor del clan, aceptando el talismán de Kadrin Melenarroja que Halgar le devolvía.

El barbalarga estaba a punto de responder cuando de pronto, olisqueó algo en el aire.

—¿Hueles eso? —preguntó mientras se ponía en pie y sacaba el hacha.

Un rugido salvaje resonó por las rocas de alrededor. Lokki levantó la mirada y sintió la bilis caliente en la garganta. Un grupo de cinco orcos bajaba a la carga por el lado este del barranco, siguiendo la ruta que habían tomado los dos enanos, blandiendo cuchillos manchados de sangre y lanzas rudimentarias. Siete más salieron de detrás de un grupo de rocas en el lado opuesto, armados con toscos garrotes. Al menos tres más llegaron por un segundo sendero, al otro lado del saliente de la colina, con escudos de de madera y burdas espadas de hoja gruesa. Lucían corazas de cuero manchadas de mugre y tachonadas de hierro oxidado, y aros perforándoles la piel gruesa y oscura. Los orcos bramaron mientras se agrupaban.

—Nos han estado vigilando —comprendió Lokki, que se puso en pie y se colocó espalda contra espalda con Halgar a la vez que sacaba el martillo y levantaba el escudo.

—Sí, muchacho —masculló Halgar, olfateando con desdén.

—Nunca perdones ni olvides —gruñó Lokki mientras los orcos se lanzaban contra ellos.

Uthor Algrimson se llenó los pulmones con una potente bocanada de aire gélido mientras contemplaba las cumbres envueltas en niebla de las lejanas Montañas del Fin del Mundo. En una zona de terreno bajo en las estribaciones de la imponente cordillera, dejó de sentir los calambres que padecía





en cuello y espalda. El sol estaba despuntando en el horizonte mientras él disfrutaba de la vista. Su hogar en Karak Kadrin, situado allá al norte, se fue convirtiendo en un lejano recuerdo a medida que la sombra de Zhufbar se alzaba imponente al oeste. Y más allá estaba Karak Varn.

La brisa de las tierras altas agitaba las alas del yelmo que llevaba el enano y hacía ondear su capa corta. El viento lo limpió de su sombrío humor y empujó la desesperada situación de su señor y padre al fondo de su mente.

Por debajo de él, después de una empinada escarpadura, refulgía la vasta y oscura sombra del Agua Negra. Uthor había aparecido en el borde oeste de la misma.

—Es una vista maravillosa, ¿verdad? —comentó una voz por encima de Uthor.

El enano, que se sobresaltó un momento, levantó la mirada y vio a un enano medio calvo con una espesa barba rojiza. Estaba sentado sobre un afloramiento rocoso desde el que se dominaba el gigantesco lago. Volutas de humo se alzaban del cuenco de una pipa de hueso que sujetaba con el pulgar y el índice de la mano derecha, una ballesta de aspecto extraño descansaba sobre su regazo. Vestía un resistente mandil de cuero sobre una túnica que mostraba la runa de Zhufbar.

—Según la leyenda, el cráter se formó debido al impacto de un meteorito en la antigüedad. Hoy en día, las agitadas aguas del lago bañan la mena que se extrae de las minas y hacen girar las grandes norias que mueven los martillos de forjar de Zhufbar y Karak Varn —explicó el enano y, mirando a Uthor, añadió—: Rorek Ojopedernal de Zhufbar.

—Uthor Algrimson de Karak Kadrin —respondió Uthor con una inclinación de cabeza y, cuando el otro enano se volvió hacia él, observó que llevaba un parche en el ojo.

Rorek se puso en pie y bajó del afloramiento rocoso. Los dos enanos se dieron un efusivo apretón de manos. Uthor se fijó en que su hermano llevaba en el dedo un anillo grabado con el emblema de un gremio artesano.

—Ingeniero y guía turístico —comentó al reconocer el emblema.

—En efecto —respondió Rorek, que no dejó de mascar el extremo de su pipa a lo largo de todo el intercambio de palabras, al parecer sin inmutarse por el leve escarnio que Uthor le había dirigido.

Uthor esbozó una sonrisa fría mientras ponía fin al apretón. A juzgar por sus manos, Rorek sólo podía ser un enano artesano, ya que eran toscas, y estaban manchadas de aceite y virutas de metal.





—Estás lejos de casa, Uthor Algrimson —dijo Rorek.

—Un miembro lejano de mi clan, Kadrin Melenarroja de Karak Varn, me ha convocado a un consejo de guerra —contestó Uthor, poniéndose derecho—. Hay pieles verdes alrededor del Agua Negra buscando probar el sabor de mi hacha —añadió con una amplia sonrisa.

—En ese caso, somos compañeros en esta misión —anunció Rorek—, pues yo también me dirijo a Karak Varn.

—Tu ballesta es impresionante, hermano —dijo Uthor, que no había visto nunca nada igual.

Rorek bajó los ojos hacia el arma y la sostuvo contra el pecho con ambas manos para que Uthor pudiera verla mejor.

—La he diseñado yo mismo —aseguró, vanagloriándose.

La ballesta era más grande que las que usaban los ballesteros de Karak Kadrin. Uthor estaba familiarizado con ese tipo de arma, ya que había utilizado una durante las numerosas expediciones contra los goblins en las que había acompañado a su padre. Un oscuro recuerdo surgió por su propia voluntad en la mente de Uthor al pensar en su señor. Lo aplastó y se concentró en la creación del ingeniero.

Estaba bien hecha, como era de esperar de los enanos de Zhufbar. Tenía una pequeña palanca de metal, sujeta a una base circular, atornillada al mango y en la larga estructura de madera había una caja de metal de aspecto pesado llena de flechas. Uthor no pudo evitar fijarse en una caja parecida atada al grueso cinto de herramientas del ingeniero, que contenía una cuerda enrollada con un resistente gancho de metal en un extremo.

—Es... poco común —dijo.

—Aún no se la he presentado al gremio —admitió Rorek.

Uthor no era ingeniero, pero conocía las tradiciones que había establecido el gremio de ingenieros y sabía que eran reacios a aceptar inventos. Intentar que el gremio reconociera tal artefacto podría poner en peligro la condición de Rorek y lo más probable era que lo recibieran con descontento.

Antes de que Uthor pudiera decirle nada de esto al ingeniero, la brisa trajo el sonido del entrecocar del acero y los gritos de la batalla. Se podían distinguir palabras en khazalid en medio del clamor de la lejana refriega. Rorek abrió mucho el ojo bueno mientras se volvía hacia el origen del alboroto.

—No está lejos —anunció—. Al sur, justo después de este lado del Agua Negra.





—Entonces será mejor que nos demos prisa —propuso, Uthor torciendo el labio superior en una sonrisa salvaje—. Parece que la batalla ha comenzado sin nosotros.

Gromrund del clan Yelmoalto, martillador del Gran Rey Kurgaz de Karak Hirn y llamado así por el poderoso y ancestral yelmo de guerra que llevaba en la cabeza, bajó con rigidez por el camino Ungdrin, con su compañero siguiéndolo a pocos pasos de distancia.

El camino subterráneo de los enanos, abierto en las rocas en la antigüedad, en un esfuerzo en conectar las numerosas fortalezas de las montañas del Fin del Mundo, era enorme. Faros rúnicos a los que se podía hacer brillar, e incluso arder, con una sola palabra en khazalid, la lengua de los enanos, proporcionaban orientación e iluminación a través de los miles de túneles que desde la Era de la Aflicción se habían convertido, al menos en parte, en el dominio de criaturas malignas: orcos, goblins y moradores aún peores asolaban ahora los pasadizos en ruinas del camino Ungdrin.

—Las puertas de Karak Varn no están lejos —dijo Gromrund mientras levantaba un farol tras fijarse en una runa indicadora grabada en una de las elaboradas columnas situadas a lo largo de las paredes del túnel.

Entre ellas había estatuas de dioses del pasado. A sus pies se veían gruesas lajas de piedra gris y marrón claro colocadas formando un mosaico entretejido con las runas de Karak Varn.

—Por aquí —indicó el martillador y se fundió con la oscuridad.

—¿Has visto alguna vez las puertas doradas de Barak Varr, amigo? —preguntó el compañero de Gromrund, un enano que se había presentado como Hakem, hijo de Honak, del clan Honak, portador del martillo *Honakinn* y heredero de las casas mercantes de Barak Varr, Puerta del Mar y Joya del Oeste. La interminable genealogía no impresionó al martillador.

—No, pero sospecho que estás a punto de describírmelas —contestó Gromrund con brusco desdén.

Los dos enanos se habían encontrado en una confluencia del camino Ungdrin por pura casualidad, en un punto en el que los túneles subterráneos que conectaban Karak Hirn y Barak Varr se unían. Llevaban tres días viajando juntos. A Gromrund le habían parecido meses.

—No tienen nada que envidiar a las grandes puertas de Karaz-a-Karak en cuanto a majestuosidad —se vanaglorió Hakem—, eclipsan incluso al Vala-Azrilungol con su belleza. Están hechas de hierro con incrustaciones





de joyas centelleantes que brillan con la luz del sol. Cada puerta lleva forjada en el metal la imagen de los reyes Grund Hurzag y Norgrikk Cejorrisko, fundadores de la Puerta del Mar y mis estimados antepasados. Franjas de gruesa y reluciente filigrana de oro dibujan las runas del clan real de Barak Varr.

Al señor del clan mercante se le empañaron los ojos al hablar de esa obra maestra arquitectónica.

—Estoy seguro de que son una maravilla —comentó el taciturno martillador, preguntándose si podría hacer callar a su compañero de viaje con un golpe de su gran martillo, pues dudaba que alguien fuera a echar de menos al señor del clan mercante.

Sin embargo, para ser sincero, incluso Gromrund se conmovió, como les ocurría a todos los enanos cuando se hablaba de los viejos tiempos, pero hizo todo lo posible para ocultarlo.

La vestimenta de mercader de Hakem era casi tan aparatosa como su lengua: la armadura dorada, los anillos de los dedos y la túnica de terciopelo morado hablaban de riqueza, pero no de herencia, de honor. A Gromrund esta opulencia le resultaba decadente y de mal gusto. Sabía que la Guerra de Venganza había dañado los bolsillos y el orgullo de los señores de los clanes mercantes de Barak Varr. Ahora, unos cuatrocientos años después, se había interrumpido el comercio con los elfos. Necesitaban establecer vínculos más fuertes con sus parientes, ganarse su favor y forjar nuevos contratos. No se le ocurría ninguna otra razón para que hubieran convocado a Hakem. Invitar a un enano como éste a un consejo de guerra parecía inapropiado, como mínimo; como máximo, era un insulto.

El Ungdrin se estrechaba más adelante y el techo se inclinaba hacia abajo bruscamente, sin duda como resultado de los terremotos que habían asolado Karak Varn y todo Karaz Ankor. Esto obligó al martillador a volver a concentrarse en el asunto que los ocupaba. Los daños sólo afectaban a una corta sección del túnel, pero Gromrund tuvo que inclinarse para poder pasar con el yelmo, que lucía dos enormes cuernos enroscados y la efigie de un jabalí de bronce.

—¿Por qué no te quitas el yelmo, hermano? —propuso Hakem, que iba justo detrás de él, y que sólo tuvo que agacharse un poco tras sacarse su yelmo incrustado de joyas.

Gromrund se volvió y fulminó con la mirada al enano de Barak Varr con el rostro rojo de indignación.

—Es una reliquia de mi clan —soltó—. Es lo único que necesitas sa-





ber. Ahora ocúpate de tus asuntos y no te metas en los míos —añadió y prosiguió por el túnel sin esperar la respuesta de Hakem.

En cuanto cruzaron el estrecho pasadizo, el Ungdrin se ensanchó de nuevo formando una caverna de la que salían tres portales. Una gran placa circular de bronce situada en el suelo, en el centro de la sala, presentaba más símbolos rúnicos. Se trataba de un bazrund, un indicador que señalaba que se encontraban cerca de la fortaleza y que mostraba los caminos que llevaban a Zhufbar y Karaz-a-Karak.

—Entiendo de reliquias, hermano enano —contestó Hakem mientras se colocaba sobre la placa—. ¿Qué me dices de esto?

Mientras se agachaba sobre la placa para confirmar que avanzaban en la dirección correcta, Gromrund vio con el rabllo del ojo que el enano sostenía en alto un martillo rúnico. Era tan hermoso que se detuvo a mirarlo.

Era evidente que ese martillo rúnico lo había creado un maestro. Era más sencillo de lo que Gromrund se habría imaginado: una simple cabeza de piedra —grabada con tres runas que brillaban débilmente en medio de la penumbra— remataba un mango sin adornos tallado de resistente wutroth y con incrustaciones de rubíes de fuego. La empuñadura estaba cubierta con tiras de cuero y una correa gruesa lo ataba a la muñeca enjoyada de Hakem.

—¿Has visto alguna vez algo tan magnífico? —inquirió Hakem con los ojos resplandecientes de orgullo. La barba negra impecablemente acicalada se le erizó y las piedras preciosas engastadas en los pasadores de las trenzas que la decoraban refulgieron gracias al brillo de las runas del martillo.

—Parece un arma bastante buena —contestó Gromrund, fingiendo indiferencia. Se volvió y emprendió la marcha.

—¿Bastante buena? —repitió Hakem sin dar crédito a lo que oía—. ¡Vale más que todas las riquezas de la mayoría de los clanes! —exclamó y, dándose cuenta de que un poco de tierra del estrecho túnel había ensuciado el terciopelo de su ropa, se sacudió la vestimenta.

—¿De todas formas, para qué necesita un mercader un arma como ésa? —comentó Gromrund, haciéndose el desinteresado.

—Eso es asunto mío —contestó Hakem, disfrutando del momento. Gromrund resopló.

—Mequetrefe envuelto en sedas —murmuró el martillador.

—¿Qué has dicho? —preguntó Hakem.

—Que ya casi hemos llegado —mintió Gromrund con una sonrisa





traviesa bajo la barba, antes de que Hakem continuara alardeando de las riquezas de los señores de los clanes mercantes y la casa de Honak. No veía la hora de llegar.

Para cuando coronaron la última cuesta, Rorek estaba jadeando. Por debajo de ellos, en un estrecho barranco, se estaba librando una batalla. Había dos enanos: uno de ellos era claramente un señor del clan y portaba un hacha y un escudo; el otro era mucho mayor, un barbalarga, e iba armado del mismo modo. Luchaban espalda contra espalda. Rorek contó nueve orcos rodeándolos y otros seis muertos a sus pies. Observó que uno de los pieles verdes se aproximaba con una implacable lanzada. El barbalarga descargó un golpe mientras el señor del clan clavaba la punta de su hacha en el cuello del orco y la sangre le empezaba a manar a chorros de la herida.

Uthor ya había visto suficiente. Una sonrisa feroz apareció en su rostro mientras se abalanzaba contra el tumulto y bramaba:

—¡Uzkul urk!

Uno de los orcos, una fornida bestia con anchos colmillos que le sobresalían de la mandíbula y un aro de hierro atravesándole la nariz, se volvió para enfrentarse a esta nueva amenaza. Se produjo un destello plateado y luego un ruido grave y sordo al hender el arma el aire. El golpe derribó al orco que chocó contra el suelo antes de poder arrojar la lanza pese a tener un hacha enterrada en el cráneo.

Rorek, que se encontraba en el cerro, vio cómo Uthor lanzaba su hacha dando vueltas contra el orco que se encontraba más cerca. Avanzó rápidamente detrás del arma, esquivando el violento golpe de otro piel verde, antes de darle un fuerte puñetazo en la cara con la mano con guantelete de cuero y romperle el hocico. Se detuvo para recuperar el hacha, liberándola de un tirón con una mano. Más sangre salió a chorros de la herida mortal. A continuación, Uthor utilizó el mango para bloquear una cuchillada por encima de la cabeza que le dirigió el orco con el hocico destrozado.

Más abajo, el resto de los orcos aún seguían presionando al señor del clan y al barbalarga. Una de las bestias parecía una especie de jefe. Tenía la piel mucho más oscura que los demás, su cuerpo era más grande y más musculoso, y llevaba un yelmo de cuero con cuernos. Blandía y aporreaba el escudo del señor de clan con la rudimentaria arma.

Uthor había despachado a un segundo orco, le había cortado la parte





superior del cráneo con el borde afilado de su hacha y la materia del interior se había derramado por el suelo. Respiraba pesadamente y otros dos orcos se le vinieron encima, empuñando siniestros cuchillos y burdas espadas curvas.

Rorek cogió la ballesta que llevaba al costado, soltó el seguro y giró la palanca. Una descarga cerrada de flechas salpicó el barranco. Uno de los orcos recibió un impacto en la mandíbula, una segunda flecha le atravesó el cuello y una tercera le clavó el pie al suelo, aunque cuatro proyectiles más, como mínimo, chocaron contra el suelo sin causar daños. El ingeniero soltó un rugido de júbilo y luego resopló cuando una flecha cruzó a cierta distancia del yelmo alado de Uthor mientras otra le pasaba silbando cerca de la oreja. El enano soltó una maldición y miró a Rorek con el entrecejo fruncido antes de encargarse del orco clavado al suelo con su hacha y luego concentrarse en su compañero ileso.

Rorek cambió de idea, se echó la ballesta al hombro y sacó su hacha de mano. Tendría que hacerlo a la antigua.

—¡Comekruti! —le soltó Uthor a Rorek cuando el ingeniero llegó a su lado procedente del cerro mientras destripaba al segundo orco, aunque se acercaban más para ocupar su lugar—. ¡Puede que a ti te quede bien, pero a mí no me apetece llevar un parche!

Rorek asintió con la cabeza, disculpándose, antes de cortarle la mano a otro orco. Uthor acabó con la criatura decapitándola.

—Quédate detrás de mí y mantén esa ballesta bien asegurada —ordenó.

En la base del cerro, mientras los constantes golpes del jefe orco lo iban aplastando lentamente bajo su escudo, Lokki vio que los dos desconocidos corrían en su ayuda.

—¡Halgar! —gruñó.

El barbalarga le dio una patada a un orco en la espinilla, destrozando el hueso, y mató a la piel verde mientras éste se encogía de dolor.

—Ya los veo —contestó, volviéndose a medias para mirar a su señor, a la vez que otros dos orcos requerían toda su atención.

—No, anciano —repuso Lokki, el dolor le subía por el brazo mientras el escudo recibía incesantes golpes—. Necesito un poco de ayuda.

Halgar balanceó el hacha trazando un furioso arco y obligando a los dos orcos que tenía delante a ceder terreno. Entonces se dio media vuelta y embistió con el hombro contra la parte plana del escudo de Lokki mientras el señor del clan hacía lo mismo.

—¡Empuja! —bramó.





El jefe orco asestó otro golpe, pero esta vez se encontró con la fuerza de dos enanos furiosos y su maza salió desviada. Lokki y Halgar siguieron empujando y estrellaron el escudo directamente contra el cuerpo del jefe orco, que retrocedió tambaleándose, asombrado.

Halgar soltó un grito cuando una lanza lo golpeó en el costado. Le partió algunos eslabones de la cadena de la armadura y le rozó el hueso, pero no lo atravesó. La expresión de Lokki se tiñó de preocupación por el venerable enano, pero Halgar le ordenó a gritos:

—¡Mata a esa bestia!

El barbalarga hizo un gesto hacia el tambaleante jefe orco antes de apartar la lanza de un manotazo y volverse de nuevo para hacer frente a sus enemigos.

Lokki hizo lo que le ordenó. Balanceó el hacha trazando un círculo y levantó el escudo para aliviar un poco el dolor y la rigidez que sentía en el hombro. El orco sacudió la cabeza y una llovizna de sangre y mocos salió despedida de sus orificios nasales cuando resopló. La criatura soltó un gruñido al ver avanzar al enano.

—¡Vamos! —bramó Lokki, mirando a la bestia a los ojos.

Uthor aporreó a otro orco con la parte plana de la hoja del hacha antes de clavársela en la barbilla; la cara y la barba se le llenaron de salpicaduras de cuando la mandíbula del orco cedió. El enano liberó su arma, carraspeó y escupió sobre el cadáver.

—Se han sumado otros cinco desde que nos unimos a la pelea —le dijo a Rorek, que le guardaba las espaldas.

—Yo he visto como mínimo tres más salir de las rocas que coronan el cerro occidental —respondió Rorek—, pero están disminuyendo —añadió entre jadeos.

Los dos enanos habían dejado un impresionante rastro de pieles verdes muertos a su paso. No obstante, otro grupo había aparecido de las rocas, colocándose entre ellos y los otros enanos. Sin embargo, después de despachar a los refuerzos, solamente quedaba un puñado de orcos y Uthor dispuso de una ruta despejada hasta sus dos hermanos en combate.

El barbalarga se enfrentaba a tres, mientras que el señor del clan se preparaba para luchar contra el jefe orco, blandiendo el hacha y el escudo con la facilidad que da la práctica. Otros dos pieles verdes —más grandes que los otros y con armaduras más pesadas— permanecían detrás del jefe, era de suponer que por órdenes del orco. Uthor resopló.





—Me encargaré de vosotros después —dijo entre dientes y clavó su dura mirada en los tres que peleaban contra el barbalarga.

El jefe orco que se encontraba frente a Lokki estaba a punto de emprender el ataque cuando, como si se hubiera dado cuenta de pronto de dónde se encontraba, retrocedió y gruñó en su corrompida lengua. Dos orcos con pesadas armaduras que se encontraban detrás de él se lanzaron repentinamente hacia delante y se interpusieron en el camino del señor del clan. Detrás de ellos, el jefe bramó de nuevo, emitiendo un grito estridente. Lokki lanzó una breve mirada por encima del hombro y vio que lo que quedaba de la horda horca estaba batiéndose en retirada.

Los dos que quedaban vivos tras enfrentarse a Halgar ya estaban corriendo. Tres más huyeron de los otros dos enanos, que se abrían paso por la llanura y que ahora se encontraban a sólo unos metros de Lokki y Halgar. Uno de los pieles verdes que huía cayó al suelo, chillando después de que un hacha lo golpeará en la espalda con un ruido sordo. Cuando Lokki volvió a mirar, descubrió que otros dos, junto con el jefe y sus guardaespaldas, habían logrado huir. Subieron por el barranco desperdigándose por la ladera y se perdieron en las cercanas estribaciones al borde de la Vieja Carretera Enana. Al parecer, la voluntad de los orcos se había venido abajo y, para cuando todo hubo terminado, los cuerpos de unos dieciséis pieles verdes estaban desparramados por el suelo.

—Asquerosos urks —gruñó Halgar—. No tienen valor para pelear, no es como en los viejos tiempos.

Lokki decidió no darles caza. Dudaba que Halgar pudiera seguir el ritmo, a pesar de las protestas del barbalarga en sentido contrario, y tenía que reconocer que él también estaba cansado. Se limpió la sangre de un corte que tenía en la frente, debido a una herida que no había advertido, y vio cómo uno de sus nuevos aliados, un enano que llevaba un yelmo con alas y una armadura de bronce grabada con las runas de Karak Kadrin, arrancaba su hacha del cuerpo de un piel verde.

—Os damos las gracias, hermanos —dijo Lokki mientras se volvía a colgar el escudo a la espalda y enganchaba el hacha en el cinto de las armas antes ofrecerle la mano abierta al enano que empuñaba el hacha—. Soy el señor del clan Lokki Kraggson de Karak Izor.

—De las Cuevas —comentó el portador del hacha, intentando no alterar la voz ni mostrar desdén.

Existía cierto resentimiento entre los enanos de las montañas del Fin





del Mundo y los de las otras cordilleras. Algunos los llamaban exiliados. Otros utilizaban nombres menos agradables.

—Sí, de las Cuevas —respondió Halgar con orgullo, haciéndole frente al desprecio del desconocido mientras se situaba junto a su señor.

—Gnollengrom —masculló el portador del hacha a la vez que hacía una profunda reverencia a Halgar. Tras volver a enderezarse le dio un fuerte apretón de manos a Lokki—. Es un placer, hermano. Yo soy Uthor Algrimson de Karak Kadrin, y éste es Rorek Ojopedernal de Zhufbar —añadió, señalando a su compañero, un enano que llevaba un parche y una ballesta de aspecto extraño.

—Estamos en deuda con vosotros —contestó Lokki, a la vez que hacía un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento.

—Pertenece al clan real de Karak Izor —apuntó Uthor, fijándose en el pendiente dorado que lucía Lokki.

Fue una afirmación, no una pregunta.

Lokki asintió.

—Entonces, parece que los rumores acerca de que los urks se están reuniendo en las montañas deben ser ciertos, si los clanes reales se están interesando —observó Uthor—. Es una gran audacia por parte de los pieles verdes aventurarse hasta el Agua Negra.

—¿A vosotros también os han convocado a Karak Varn? —preguntó Lokki, deduciéndolo del comentario de Uthor.

—Así es —contestó—, y sería un honor para nosotros viajar en vuestra compañía, noble señor del clan.

—Sí, sí. Basta de cháchara —gruñó Halgar, arrugando la nariz mientras contemplaba la carnicería—. Estos urks están empezando a apestar.

Halgar pronunció palabras de recuerdo sobre las tumbas de piedras que los restos óseos de lord Kadrin de Karak Varn y sus vasallos. Los enanos habían transportado reverentemente los huesos desde el campo de batalla del angosto barranco hasta el cerro occidental, a la sombra de Karak Varn. Estaban bien equipados, como era prudente para los viajes largos, y llevaban picos y palas cortos con los que enterraron hondo los restos. Mientras el barbalarga llevaba a cabo la breve ceremonia, los tres enanos permanecían en silencio a su alrededor con las cabezas inclinadas en señal de profundo respeto. El humo grasiento que se alzaba de una pira en llamas, en la que ardían los orcos, teñía el aire.

—Que Gazul os guíe a los Salones de los Antepasados —susurró Halgar, invocando el nombre del Señor del Inframundo.





Tras hacerse la runa de Valaya —diosa de la protección— sobre el pecho, el barbalarga se puso en pie y los cuatro enanos se alejaron en silencio.

Al cabo de un rato, Uthor habló.

—¿Estás convencido de que era el cuerpo de Kadrin Melenarroja?

Observó pensativamente el talismán de su pariente lejano mientras reseguía con el dedo las runas grabadas. Lokki le había entregado la reliquia de inmediato después de explicar cómo Halgar y él se habían encontrado con el lugar de la antigua batalla, los enanos muertos con los arcones y la posterior emboscada por parte de los orcos. Puesto que era pariente de Melenarroja, era de justicia que lo tuviera.

—No puedo estar seguro, pero el esqueleto que encontramos tenía este talismán y era antiguo, como si llevara mucho tiempo muerto.

—¿Había un martillo entre los restos? —inquirió Uthor.

—Nosotros no lo encontramos —respondió Lokki.

Uthor suspiró.

—Dreng tromm, en ese caso estoy el doble de apenado. Lord Kadrin recibió su martillo rúnico hace muchos años, en su juventud, de manos del entonces Gran Rey Morgrim Barbanegra. Si mi antepasado ha muerto, eso quiere decir que el martillo se ha perdido, que está en poder de los urks o del Agua Negra —añadió mientras se volvía a guardar la reliquia bajo la armadura—. Será mejor que nos demos prisa —dijo con tono grave—, esto no augura nada bueno para Karak Varn.





CAPÍTULO DOS

Supuso cierto alivio cuando Gromrund y Hakem llegaron por fin a la puerta de Karak Varn. El humor del martillador se había ido volviendo cada vez más agresivo cuanto más viajaban juntos y el príncipe de Barak Varr temía que los dos pudieran llegar a las manos. Acababan de confeccionarle la túnica y no iba a permitir que se la ensuciaran en una pelea, ni que lo recibieran en la fortaleza de Karak Varn hecho unos zorros.

—Mira —anunció Gromrund. Era la primera vez que hablaba en más de una hora—. La puerta meridional de Karak Varn.

Dio la impresión de que el martillador se enderezaba al decirlo y pareció increíblemente alto gracias al imponente yelmo de guerra que descansaba sobre su frente. Los dos grandes cuernos que surgían de él en espiral casi tocaban el techo del túnel. El yelmo también incorporaba una media máscara que ocultaba gran parte del rostro del martillador, pero seguía siendo fácil percibir sus estados de ánimo.

La puerta era impresionante. Era alta y ancha, y estaba situada en una antecámara abovedada que remataba el estrecho túnel. Lucía dorados en espiral y elaboradas líneas entrecruzadas, y medía cinco veces más que el martillador con el yelmo puesto. El intrincado marco dorado y el entrelazado diseño describían las antiguas historias de la karak en un minucioso mosaico. Era, con toda justicia, una asombrosa pieza de artesanía y un testimonio de la maestría de los enanos en el manejo del metal, del que siempre hacían gala con orgullo, para lo que no era más que una entrada lateral a la fortaleza. A Hakem le pareció poco más que una puerta orna-





mentada, sencilla, austera... No podía compararse con las entradas adornadas de joyas de Barak Varr.

—Aquí falla algo —dijo Hakem mientras su humor se ensombrecía rápidamente.

—Si vuelves a mencionar el lustre de las puertas doradas de Karak Varr una vez más... —le advirtió Gromrund, blandiendo su gran martillo de manera elocuente.

—No, no es eso.

La seriedad del tono de Hakem exigía atención mientras agarraba su martillo rúnico.

—Sí, ya lo veo —contestó Gromrund, situándose frente a la puerta meridional y aferrando el mango de su martillo un poco más fuerte.

»¿Dónde están los guardias?

Gromrund cruzó primero la puerta. Tras decidir no avisar para que la abrieran ni ni siquiera llamar, los enanos tuvieron que empujar con fuerza para abrirla un poco. No estaba cerrada con llave ni atrancada. Una vez dentro, una sala larga y de techos altos se extendía ante ellos. Estaba bordeada de estatuas de piedra de señores del clan y reyes de Karak Varn e iluminada con titilantes luces colocadas en apliques. Una de las estatuas estaba volcada. Al caer había destrozado las losas de terracota que tenía debajo y había perdido la cabeza. Se veían escombros por todas partes. En la pared de la izquierda, un enorme tapiz que representaba una gran batalla librada contra los elfos durante la Guerra de Venganza estaba rasgado. Trozos de tejido colgaban como si fueran tiras de piel desollada.

—Ésta no era la bienvenida que había imaginado —comentó Hakem sin humor, con la mirada siempre atenta a las crecientes sombras del corredor—. ¿Dónde están nuestros hermanos de clan?

—Han invadido Karak Varn —apuntó Gromrund entre dientes, su voz dejaba traslucir cierto temor—. Estos salones deberían ser el dominio de Kadrin Melenarroja, señor de esta fortaleza.

—Y, sin embargo, parecen abandonados —terminó Hakem por él.

—En efecto —coincidió Gromrund, observando la total ausencia de enanos en la entrada meridional.

—¿Es posible que Melenarroja y su gente simplemente siguieran avanzando siguiendo otra veta de mena? Ésa es nuestra costumbre —razonó Hakem mientras pisaba con cuidado. Cada paso parecía un estruendo en medio del ominoso silencio.

Los dos enanos avanzaban despacio y con cautela, y hablaban en voz





baja. Algo iba terriblemente mal aquí. Ambos sabían que no se trataba de una migración enana ni de la búsqueda de un filón de mena más prometedor. La karak había sufrido algún destino espantoso. Parecía vacía, en un lugar en el que como mínimo debería haber guardias, desprovista de vida; incluso los martillos de las forjas, por lo normal un bullicio siempre presente y tranquilizador, permanecían en silencio.

La larga sala dejó paso enseguida a otra área de la fortaleza, tal vez una zona comercial. Era amplia y oscura, y las sombras que proyectaba la entrada iluminada sugerían otra sala con galerías y antecámaras conectadas. En las paredes había luces apagadas, y los desechos de la actividad comercial estaban desperdigados por todas partes: barriles destrozados, carretas rotas, toneles abiertos y puestos y estantes de madera hechos añicos.

—Pensaba que los enanos se habían reasentado en la fortaleza —comentó Hakem, mordiéndose la lengua para no nombrar los grandes salones comerciales de Barak Varr—. Si se produjo un enfrentamiento hace poco, ¿dónde están las señales de batalla? En nombre de Grungni, ¿qué ha ocurrido aquí?

—No lo sé —musitó Gromrund—. Se consiguió arrebatar Karak Varn de manos de los roedores y los grobis hace años. Los dawis conquistaron todas las plantas superiores, aunque gran parte de los niveles inferiores siguen en ruinas e inundados desde la Era de la Aflicción.

—Eso es lo que leí —coincidió Hakem—. Aunque este lugar parece muerto, como si...

—¡Shh!

Gromrund le hizo una señal para que guardara silencio, levantando el puño. Con la misma mano señaló hacia una figura de aspecto enclenque que estaba envuelta en sombras y permanecía en cuclillas de espaldas a ellos, en el centro de la sala.

Hakem se alejó de la figura, desplazándose en silencio para atraparla por el flanco. Gromrund avanzó hacia delante en línea recta, agachado y sin hacer ruido mientras acechaba a su presa.

A medida que el martillador se iba acercando pudo ver mejor la apariencia de su presa. Vestía ropa andrajosa, unas prendas bastas y manchadas de mugre cuyo hedor le golpeó las fosas nasales. Gromrund no pudo evitar que una mueca de desprecio apareciera en su rostro: si era un asqueroso grobi, su martillo le partiría el maldito cráneo, aunque al acercarse se dio cuenta de que era demasiado grande para tratarse de un simple goblin. La criatura también llevaba un yelmo abollado y deslus-





trado sobre la cabeza. Sin duda, el repugnante piel verde, fuera cual fuese su raza, lo habría robado del cadáver de algún noble enano.

La ira invadió a Gromrund y una rabia roja le cubrió la visión antes de ver a Hakem listo para atacar por el flanco de la criatura.

—¡Vuélvete, basura! —bramó Gromrund, olvidando toda cautela. Quería ver el miedo en los ojos del piel verde antes de golpearlo—. ¡Vuélvete y siente la ira de Karak Hirn!

La enclenque figura en sombras pareció saltar del susto y luego se dio media vuelta rápidamente para enfrentarse al martillador.

—¡Alto! —exclamó en khazalid.

El martillo de Gromrund se detuvo a unos centímetros de romperle el cráneo. Hakem, que se había quedado inmóvil un momento, sostenía su martillo rúnico en alto, listo para golpear.

—¡Alto!

No era un goblin. El desastrado desdichado que tenían delante era un enano. Gromrund, que ahora estaba frente a él, reconoció la vestimenta, que pertenecía a los de las montañas Grises. Se los conocía como «enanos grises» y eran los primos más pobres de las montañas del Fin del Mundo, las montañas Negras y las Cuevas. El martillador se fijó entonces en una mochila grande situada detrás del enano, que sostenía las manos en alto de modo lastimero. Parte del contenido se había derramado: cucharas, un ídolo de plata de un antepasado e incluso un barrilillo abollado formaban parte del botín. Era poco probable que esas baratijas fueran las pertenencias del enano gris.

Gromrund hizo una mueca de desagrado al ver el tesoro desparramado, pero bajó el martillo.

El enano gris suspiró aliviado, temblando ligeramente después de que casi lo enviaran con sus antepasados antes de tiempo, e hizo un gesto con la cabeza en señal de agradecimiento.

—No os oí acercaros —dijo con la voz un tanto temblorosa mientras extendía una mano mugrienta—. Soy Drimbold Grum, de Karak Norn, en las montañas...

—Sin duda estabas demasiado concentrado en lo que quiera que estuvieras haciendo —le reprochó Gromrund, pasando la mirada de la mano de Drimbold a la mochila repleta—. Y ya conozco tu herencia, y tu nombre, dawí —gruñó el martillador, manteniendo las manos firmemente a los costados—. Los Grum están bien anotados en el Libro de Agravios del clan Yelmoalto. Hace cien años nos suministrasteis una manada de ponis de mala calidad, débiles de lomo y de tripas. Los salda-





dores de cuentas aún no han fijado una compensación por ello —añadió con los dientes apretados.

—Ah, no, esos fueron los Grum de Narizagria —repuso el enano gris—. Yo soy de los Grum de Dienteagrio —añadió sonriendo.

Gromrund lo fulminó con la mirada.

Drimbold bajó la mano y los ojos, y se puso rápidamente a guardar los objetos que se le habían derramado de la mochila.

—Huele peor que un narwangli —comentó Hakem, tapándose con la mano. No estaba completamente seguro de que el enano gris no se hubiera ensuciado cuando lo sorprendieron.

Gromrund lo ignoró.

—¿Qué sabes de lo que les ha pasado a Kadrin Melenarroja y los suyos? —exigió el martillador en cuanto Drimbold se volvió de nuevo hacia ellos y se puso en pie.

Incluso la cota de malla del enano estaba oxidada y mal cuidada y tenía la barba infestada de gibils.

—No sé nada, hermano. Acabo de llegar. Estaba arreglando las cosas de mi mochila cuando me encontrasteis. Noté que una de las correas estaba suelta —agregó a modo de explicación.

—Seguro —masculló Gromrund sin molestarse en disimular su recelo.

—¿Karak Norn también le ha prometido ayuda a Karak Varn para limpiar las montañas Negras de las tribus de urks que se han congregado allí? —preguntó Hakem, arrugando la nariz ante el hedor del enano gris.

—Exactamente —confirmó Drimbold.

—Entonces, Grum o no, será mejor que vengas con nosotros —contestó Gromrund—. Quizás los enanos grises tengan algo que aportar si están dispuestos a enviar a un emisario a través de las montañas. Además, tengo un mal presentimiento sobre este lugar —comentó el martillador, recorriendo de nuevo con la mirada la gran zona comercial antes de volver a posar los ojos en Drimbold—. Huele mal.

Con eso, el martillador desapareció en la penumbra con Hakem a su lado. Fueran cuales fuesen las diferencias existentes entre el enano de Karak Hirn y el de Barak Varr, no eran nada comparado con el desagrado común que les producía un residente de las montañas Grises. Eran enanos pobres, que malvivían con lo que podían extraer de las rocas, sin la educación ni la herencia de las otras fortalezas. No obstante, era un dawí y, si formaba parte del consejo de guerra, deberían viajar juntos. En cualquier caso, era mucho mejor que lo mantuvieran bien vigilado para que no se metiera en problemas y los implicara a todos.





—¿Adónde vamos? —preguntó Drimbold a la vez que se ajustaba la voluminosa mochila y observaba la ruta por la que habían venido.

—A la sala de audiencias, donde está previsto que se reúna el consejo de guerra —respondió Gromrund.

—¿Y si ellos también se han marchado? —planteó Drimbold.

—En ese caso, esperaremos —gruñó Gromrund, volviéndose brevemente para posar su dura mirada sobre el enano gris—, ¡todo el tiempo que haga falta!

La verdad era que Gromrund no sabía qué otra cosa hacer. Su papel allí consistía simplemente en oír las quejas de lord Melenarroja y comprometerse a aportar todas las fuerzas que se le había permitido para contener las crecientes hordas grobis.

Con Melenarroja ausente y su fortaleza desierta, se sentía un tanto perdido y cada vez más enfadado.

—Un ufdi y un wanaz —masculló, lamentándose de sus compañeros de viaje, mientras seguía los indicadores rúnicos que los conducirían a la sala de audiencias—, ¿por qué me pones a prueba así, Valaya?

La gran puerta de Karak Varn se alzaba grande e imponente. Estaba formada por dos inmensas losas de piedra envueltas en acero y oro, y encajadas en la mismísima ladera de la montaña.

—Es todo un espectáculo —musitó Lokki, arqueando el cuello para poder contemplar debidamente la majestuosidad de la puerta.

—Sí, muchacho, se podría decir que te hace ver las cosas con otra perspectiva —coincidió Halgar.

—Exactamente —contestó Uthor.

Rorek asintió con actitud sabia mientras chupaba su pipa.

Los cuatro enanos se encontraban en un camino corto, aunque ancho, hecho de baldosas de piedra de terracota rojiza y granito gris que conducía a la maciza puerta. El sendero, un preámbulo de la majestuosidad de la entrada propiamente dicha, estaba decorado con dibujos cuadrados en forma de espiral y bordeado por una franja de runas a cada lado. Unos escalones bajos de piedra se encontraban con el corto camino y terminaban en una amplia tarima de roca lisa grabada de modo parecido con bajo relieves dorados.

La puerta principal medía sesenta metros en el punto más alto y estaba enmarcada por un sólido arco de bronce trabajado y taraceado con una complicada filigrana de cobre. Un diseño de martillos cruzados abarcaba ambos lados de la puerta y el mango de piedra de cada uno tenía





grandes gemas insertadas. A juzgar por las burdas marcas de arañazos que rodeaban las joyas, alguien había intentado sacarlas pero había sido en vano. A cada lado de la puerta había una representación simbólica de la cara de un enano: los dos lucían yelmos, pero uno tenía un parche en un ojo y el otro llevaba cuernos, y estaban forjados en bronce. En el ápice de la puerta se veía un yunque de piedra tallado.

En cada extremo de la inmensa estructura había una estatua de veinticuatro metros que se alzaba orgullosamente sobre una tarima redonda de piedra ribeteada con letras rúnicas. A la izquierda estaba Grungni, ataviado con una larga cota de malla y con un martillo de forjar en la mano. A la derecha, la imponente figura de Grimnir, con la noble cimera que le salía rígida del cráneo rapado, dándole un aire bélico, y aferrando con ambas manos las poderosas hachas que había forjado su hermano dios. Otras estatuas más pequeñas daban paso a los dioses antepasados —todos ellos reyes y señores del clan de Karak Varn— situados en enormes hornacinas esculpidas en la roca de la montaña. La dura acción de los elementos había desgastado las estatuas y algunas incluso estaban volcadas.

—Alabado sea Grungni por su habilidad y sabiduría para permitir que los humildes dawis pudiéramos crear tal belleza —musitó Uthor con actitud reverente.

—Pues su mano guía todas las cosas y se siente en el golpe de martillo de todas las forjas —completó Rorek.

Uthor le dio una palmada al ingeniero en el hombro y luego se volvió hacia Lokki con expresión seria.

—Será mejor que nos guardemos la noticia de la muerte de su señor hasta que nos dejen entrar —sugirió el enano.

Lokki asintió.

—De acuerdo —contestó y levantó la mirada hacia un parapeto vacío excavado en la roca y situado por encima de la propia puerta.

Se trataba de un puesto de vigilancia y, sin embargo, aunque, pareciera extraño, no había ballesteros a la vista para guarnecerlo. No obstante, Lokki observó las rendijas para ballestas y las buhederas con cautela.

—¡Ah de la fortaleza! —bramó—. Los emisarios de Izor, Kadrin y Zhufbar piden audiencia con el señor de Karak Varn.

La última parte casi se le atragantó al señor del clan debido a su conocimiento previo del fallecimiento de Kadrin Melenarroja. Dadas las condiciones de los huesos que habían encontrado, era probable que los enanos de la fortaleza ya lo supieran; aunque entonces se habría elegido





un sucesor o al menos se habría nombrado un delegado para que actuase en lugar de Melenarroja. En cualquier caso, eso no explicaba el hecho de que no hubiera guardias en la puerta principal.

—Unos compañeros dawis imploran que les permitan entrar y disfrutar de la hospitalidad de Karak Varn —volvió a gritar Lokki.

Únicamente le respondió el silencio.

Aunque sólo era media tarde, el sol estaba hundiéndose en el cielo y densas nubes negras, cargadas de lluvia, lo cubrían. Un feroz viento soplabla desde el norte, su coro de aullidos se abría paso por las cumbres.

—El tiempo no augura nada bueno —se quejó Halgar mientras volvía la mirada hacia las crecientes sombras.

Uthor se adelantó y golpeó la puerta con el puño. Sólo produjo un ruido sordo.

—¡Por los dientes de Grimnir, esto es inútil! —maldijo—. ¿Cómo vamos a asistir a un consejo de guerra si no podemos entrar en la fortaleza en la que se va a celebrar?

—Temo que quizás hayamos llegado demasiado tarde, Uthor, hijo de Algrim —contestó Lokki—. Pero aun así debemos intentar entrar. ¿Y si fuéramos por el camino Ungdrin, hay una entrada unas cuantas leguas al este, y nos acercáramos por la puerta meridional?

—Es un viaje de dos semanas como mínimo y no hay modo de saber si la entrada sigue abierta —repuso Halgar, haciendo un gesto de dolor mientras se sentaba en una roca.

La herida de lanza seguía doliéndole un poco, pero el tenaz enano había rechazado todo tratamiento. «¡Hará falta más que una lanza urk para acabar conmigo, muchacho!», le había bramado a Lokki cuando el señor del clan había expresado su preocupación. El barbalarga controló el dolor y se sacó una pequeña pipa de arcilla del interior de su barba. La relleno de hierba de una bolsa que llevaba en el cinto y la encendió con un pequeño artefacto de acero y pedernal. Dio una larga calada, exhaló un gran anillo de humo y añadió:

—Se hace tarde y pronto los grobis invadirán esta ladera. Son unos canallas y lo más probable es que nos disparen por la espalda desde detrás de una roca —soltó mientras le daba otra calada a la pipa.

—Dos semanas es demasiado tiempo —apuntó Uthor con una urgencia inusitada—. Me encantaría enfrentarme a un ejército de grobis si las circunstancias lo requieren, pero necesitamos entrar ya y averiguar qué suerte han corrido nuestros hermanos.

—Puede que haya otro modo —señaló Rorek, mordiendo el extremo





de su pipa mientras observaba el alto puesto de vigilancia situado seis metros por encima de la puerta de sesenta metros.

Se acercó y luego se detuvo a poca distancia de la entrada. Levantó la mano izquierda delante de él —con la derecha aún sostenía la pipa mientras la chupaba—, levantó el pulgar y estiró el índice. Miró a lo largo del dedo extendido entrecerrando un poco el ojo bueno, masculló algo y retrocedió tres pasos. A continuación, soltó la ballesta que llevaba al costado y sacó la caja de metal llena de flechas. Mientras los otros observaban absortos en silenciosa incredulidad, se volvió a colgar la caja de metal en el cinto y cogió una cuerda enrollada con un gancho en un extremo.

Entonces Rorek se agachó apoyándose en una rodilla y apuntó la ballesta, con el nuevo accesorio incluido, hacia el parapeto del puesto de vigilancia. Entrecerró un poco el ojo y levantó un pasador de metal situado en el mango de la ballesta: se trataba de un pequeño aro de acero con una cruz. Sujetó la ballesta contra el hombro, se volvió a guardar la pipa en el cinto, se metió el pulgar de la mano izquierda en la boca y lo levantó para ver la dirección del viento. Satisfecho, apuntó utilizando la cruz de acero y disparó.

Se oyó un repentino chasquido y la vibración de un pesado resorte cuando el gancho salió disparado del extremo de la ballesta, seguido del zumbido de la cuerda desenrollándose, volando hacia arriba y luego trazando un arco en dirección al parapeto. Los cuatro enanos lo siguieron, fascinados. El gancho pasó por encima del parapeto y entró en el puesto de guardia, seguido del repiqueteo del acero contra la piedra. Rorek hizo girar frenéticamente la manivela situada en el extremo del mango mientras el acero raspaba contra la piedra, hasta que el gancho se agarró y la cuerda se tensó.

—Por las tenazas de acero de Grungni —exclamó el ingeniero.

—Que siempre dobleguen a los elementos de la tierra a su voluntad —terminó Uthor por él—. ¿Y ahora qué? —preguntó un tanto confuso.

Si hubiera algún guardia encima de la puerta, a esas alturas ya habría ido a investigar. Al parecer, los enanos no tenían elección.

—Ahora preparé —respondió Rorek, apoyando la ballesta contra una roca mientras se sujetaba un juego de pinchos a las botas—. Cuida de esto por mí —añadió, quitándose el cinto de las armas y la mochila.

Luego procedió a avanzar lentamente enrollando todo el tiempo la cuerda. En cuanto llegó a la pared de la puerta, sujetó un pequeño cierre situado en el mango de la ballesta a su cinto de herramientas y colocó una





bota con pinchos contra la roca de la montaña. Enrolló un poco más y, cuando estuvo seguro de que la cuerda soportaría su peso, situó la otra bota contra la roca. Suspendido sobre el suelo, giró la manivela despacio y con cuidado dio un paso firme tras otro mientras subía por la pared vertical.

—Jóvenes impulsivos —masculló Halgar desde su asiento en la roca, soltando anillos de humo—. Barbilampiños —dijo entre dientes, a pesar de que la piel curtida y nudosa, y la amplia barba de Rorek indicaban que tenía como mínimo cien años—, no respetan las tradiciones.

Rorek tardó casi una hora en trepar los sesenta y seis metros hasta llegar al borde del parapeto. Para cuando lo consiguió, el sol prácticamente se había desvanecido en el cielo. Rorek les dirigió una breve señal con la mano para indicar que lo había logrado y luego se perdió de vista. Lo único que los enanos podían hacer ahora era esperar a que Rorek abriera la puerta.

—He viajado lejos para llegar a la fortaleza de mi pariente —comentó Uthor—, pero venir desde las Cuevas, a través del Paso del Fuego Negro nada menos, ése sí que es un viaje arriesgado y Melenarroja, por lo que yo sé, no era vuestro hermano de clan.

Los enanos habían acampado fuera de la puerta en el camino, lo bastante lejos del borde de las montañas para asegurarse de que no los sorprendiera una emboscada grobi o alguna otra bestia se abalanzara sobre ellos sin que se dieran cuenta. Al igual que el resto de su gente, no necesitaban guarecerse, eran lo bastante fuertes para resistir incluso las condiciones más duras, aunque la falta de un techo, junto con varias toneladas de roca, por encima de sus cabezas, les producía cierto desasosiego.

Uthor estaba sentado frente a Lokki. Los dos enanos habían colocado sus armas delante de ellos mientras sostenían unas jarras resistentes entre las manos y estaban sentados sobre sus escudos. Habían encendido un pequeño fuego rodeado de un grueso círculo de piedras. Los pieles verdes odiaban el fuego, al igual que muchos otros moradores de la noche. Sería un arma útil en caso de necesidad.

Los enanos se habían situado de modo que cada uno pudiera mirar por encima del hombro del otro hacia los altos peñascos en los que estaba encajonada la puerta principal de Karak Varn en caso de que se presentara alguna amenaza.

—Halgar y yo... —comenzó Lokki, mirando hacia su venerable mentor.

Halgar se encontraba allí cerca, sentado en la roca sin moverse, con los





ojos fijos hacia delante, sin pestañear. Tenía las manos apoyadas sobre el regazo en actitud de reposo. Uthor siguió la mirada de Lokki y vio al barbalarga, que parecía una estatua.

—Tiene muchas cicatrices —comentó, observando los dedos que faltan en la mano derecha de Halgar.

—Los perdió hace mucho tiempo, pero no quiere hablar de ello. Al menos, nunca lo ha hecho conmigo —le dijo Lokki.

—¿Está... está bien? —preguntó Uthor con un rastro de preocupación en la voz mientras continuaban mirando la forma inmóvil de Halgar.

—Está durmiendo —explicó Lokki con una débil sonrisa.

—¿Con los ojos abiertos?

—Siempre me ha enseñado que los grobis te matarán en la cama igual que en el campo de batalla —contestó Lokki.

—No cabe duda de que los sabios tienen mucho que enseñarnos.

Uthor hizo una señal de profundo respeto con la cabeza en dirección al barbalarga dormido.

—Halgar y yo —insistió Lokki en cuanto contó con la atención de Uthor— estamos aquí por una deuda de honor —explicó—. Hace casi novecientos años, durante la Guerra de Venganza, una banda de asaltantes elfos le tendió una emboscada a Kromkaz Vargasson, mi antepasado y abuelo de Halgar, de camino a Oeragor.

Al oír nombrar a los elfos, Uthor lanzó un escupitajo hacia el fuego donde chisporroteó un momento.

—Los elfos eran rápidos y astutos —continuó Lokki, a la vez que el brillo del fuego proyectaba sombras cada vez más densas sobre su rostro con la gradual llegada de la noche—. Cuatro de los parientes de Kromkaz habían muerto antes de poder levantar un escudo o sacar un hacha, y aún cayeron más —prosiguió Lokki, repitiendo de memoria la historia que Halgar le había enseñado—. Ocultándose detrás de sus arcos, condujeron a Kromkaz y sus guerreros a un estrecho desfiladero y mi antepasado habría muerto sin duda, él y sus guerreros, si no hubiera sido por los mineros de Karak Varn. Salieron de un túnel oculto, parte del camino Ungdrin, en el cerro desde el que los elfos tenían inmovilizado a Kromkaz. Los mineros, enanos del clan Manocobre, cayeron sobre los elfos obligándolos a salir de sus escondites. En cuanto sus enemigos quedaron al descubierto, Kromkaz ordenó a sus guerreros que atacaran y los elfos fueron aplastados. Kromkaz llegó a Oeragor ese día. Lucharon al lado del clan Manocobre y presenciaron cómo Morgrim, primo de Snorri, hijo del Gran Rey, daba muerte al señor elfo Imladrik —relató Lokki y el





resplandor del fuego hizo que pareciera que sus ojos ardían—. Venimos a satisfacer esa deuda, a pagarles a los enanos del clan Manocobre y a la fortaleza de Karak Varn.

Uthor asintió con aire de gravedad limpiándose una lágrima del ojo al mismo tiempo.

—Grandes hazañas —dijo con la voz un tanto entrecortada por la emoción—, grandes y nobles hazañas.

—¡Ah del campamento! —la lejana voz de Rorek rompió el ensueño.

No se veía al ingeniero por ninguna parte. Lokki y Uthor se pusieron en pie y cogieron sus armas y armaduras.

Halgar parpadeó una vez y despertó. El anciano enano se puso en pie como si nunca hubiera estado dormido.

Uthor apagó el fuego con el pie y fue a situarse al lado de Lokki y Halgar, fuera de las grandes puertas.

—Ya era hora —masculló Uthor.

Las quejas en voz baja de Halgar resultaron ininteligibles, aunque a Uthor le pareció captar la palabra «wazzock».

—¿Qué estáis haciendo ahí parados? —dijo de nuevo la voz del ingeniero, resonando por el cañón.

Esta vez los tres se volvieron hacia el sonido. Seguía sin haber nada. Con Lokki a la cabeza, los tres enanos se alejaron de la gran puerta con cautela y se dirigieron hacia el lugar del que surgía la voz de Rorek. Rodearon con cuidado el lado derecho de la puerta, hacia donde estaba dispuesta una de las largas galerías de estatuas, y vieron la cabeza de Rorek a unos quince metros de altura, asomando por encima de un borde de piedra estrecho. La geología —parte natural, parte creada por enanos— del saliente de piedra era tan particular que si no fuera por el hecho de que su voz los había guiado y tenía la cabeza asomada, el ingeniero habría resultado invisible.

—Coged esto —gritó desde lo alto y poco después un trozo de cuerda bajó hasta ellos.

Uno a uno, los tres enanos treparon por una pared de roca desnuda y lisa que los llevó a una cornisa corta, desde donde la cabeza de Rorek los observaba con atención.

Cuando encontraron al ingeniero, éste estaba sentado en el interior de un túnel estrecho y de aspecto frío y húmedo. Únicamente un enano, y uno que fuera particularmente observador, habría sido capaz de detectar la abertura. Rorek estaba tumbado sobre la estrecha cornisa y sostenía en alto una rejilla con manchas en tonos marrones y amarillentos que se





podían ver incluso en la menguante luz. Un seco reguero iba de la abertura a un surco poco profundo en la cornisa y bajaba dejando largas marcas por una sección de la pared de roca, lejos de las estatuas.

—He encontrado una entrada —anunció el ingeniero con orgullo.

—¡Wazzock! —exclamó Halgar, coronando el saliente—. Has encontrado el túnel de la letrina.

Uthor arrugó la nariz al fijarse en el pozo que había debajo de la rejilla.

Rorek se alejó a rastras de la cornisa sin inmutarse, retirándose de nuevo hacia el interior del túnel para dejar pasar a los otros.

—Por más que lo intenté, no pude accionar el mecanismo para abrir la gran puerta —explicó—, y ésta era la otra única entrada. He desactivado todas las trampas, pero tendréis que agacharos.

Lokki fue primero. Se detuvo un momento al oír lo de las trampas, pero cruzó el corto saliente con rapidez. Halgar lo siguió, gruñendo y mascullando todo el tiempo. Uthor, que cerraba la marcha, recogió la cuerda del ingeniero tras él y se la devolvió a Rorek, junto con el resto de las posesiones del ingeniero.

La rejilla de la letrina se cerró de golpe tras ellos. Rorek pasó el pestillo por dentro antes de bajar con fuerza una segunda puerta que parecía pesar. Tres giros en el sentido de las agujas del reloj de la cara estilizada de un antepasado hecho de bronce, grabada en la pared, completaron el ritual y vinieron acompañados de la respuesta sorda de más cerrojos ocultos.

—Sólo hay que gatear un poco hasta la sala del exterior —explicó el ingeniero y emprendió el descenso por el estrecho túnel.

Era repugnante. Una larga y oscura mancha amarilla bajaba por el centro y las paredes del angosto lugar estaban recubiertas de mugre seca. El hedor era sofocante.

—He olido urks que apestaban menos —protestó de nuevo Halgar mientras los enanos seguían a Rorek.

Como Rorek había dicho, los enanos llegaron a la sala exterior. Se trataba de una habitación bastante austera aunque muy amplia, diseñada para albergar a muchos enanos. Todos los nobles, maestros de gremios artesanos u otros dignatarios podían ser recibidos allí por el señor de la fortaleza.

—La encontré así —dijo el ingeniero. La sala estaba desierta y vacía salvo por un yelmo de enano que descansaba de lado con aire sombrío en el centro de la estancia—. No es mío —añadió Rorek.





—Desenvainad vuestras armas —gruñó Halgar, mirando primero hacia la puerta de la izquierda y luego a la puerta de la derecha: al otro lado estaban los barracones, donde se podía dar alojamiento temporalmente a los soldados de un destacamento. Por último, posó la mirada en la puerta situada en la pared del fondo, la que conducía a la escalera.

Hacha en mano y con el escudo levantado, Lokki indicó:

—Dirijámonos a la sala de audiencias y roguémosle a Grungni que no hayamos llegado demasiado tarde.

Al otro lado de la siguiente puerta, la larga escalera descendía hacia la oscuridad entre grandes columnas de piedra grabadas con símbolos del clan y runas. Aunque estaba iluminada mediante enormes antorchas situadas a intervalos regulares, las sombras que se proyectaban sobre la escalera eran largas y podían ocultar toda suerte de peligros.

Los enanos se movieron con rapidez y en fila de uno, hasta que llegaron a la entrada de la sala de audiencias.

—Alguien ha estado aquí antes que nosotros —susurró Lokki a un lado de la puerta doble, que estaba entornada.

Uthor ocupó rápidamente su posición en el lado opuesto, hacha en mano. Halgar y Rorek aguardaron pensativos tras ellos, listos para entrar a la carga.

—Preparaos —ordenó Lokki.

Uthor asintió.

Los dos enanos abrieron la puerta de golpe y entraron bruscamente en la sala de audiencias con las armas desenvainadas y bramando gritos de guerra. Cuando vieron al enano que llevaba el enorme yelmo de guerra sentado en una larga mesa ovalada, al señor del clan mercante engalanado con terciopelo de primera calidad y a la criatura de aspecto desaliñado acurrucada en un rincón contando cucharas de plata que introducía en una mochila cada vez más grande, se detuvieron de pronto y no supieron qué decir.

—¿Cuánto tiempo lleváis esperando aquí? —preguntó Lokki.

Los enanos estaban sentados alrededor de la mesa de roble taraceada con complicados diseños rúnicos hechos en oro. Se hicieron las presentaciones y pronto quedó establecido que todos se encontraban allí con el mismo propósito: asistir a un consejo de guerra a instancias de Kadrin Melenarroja para debatir el mejor modo de limpiar las montañas cercanas de las tribus de pieles verdes que se estaban congregando en ellas.

—Tres semanas, según mis cálculos —contestó Gromrund.





Sus ojos tenían un aspecto feroz detrás de la placa facial de su yelmo de guerra. Era el único enano que no se había despojado del yelmo: un hecho que Lokki tuvo la prudencia de no comentar.

—¿Y no habéis visto a nadie en todo ese tiempo? —intervino Uthor, recostándose en el banco mientras encendía su pipa.

—Fui a echar un vistazo en lo alto de la gran escalera e incluso exploré dos de los salones del clan, pero no había nadie. Regresé a la sala de audiencias y esperé como se me pidió —explicó Gromrund—. Esperaba que me recibiera lord Melenarroja —añadió.

Uthor le dirigió una rápida mirada a Lokki, que se volvió hacia el martillador.

—Kadrin Melenarroja ha muerto, asesinado a manos de los urks, que se siente por siempre a la mesa de sus antepasados —dijo con tono grave—. Halgar y yo encontramos sus restos en la Vieja Carretera Enana, al borde del Agua Negra. Nosotros cuatro lo enterramos a él y a sus compañeros en la tierra, a la sombra de la karak.

—¿Sus restos? —inquirió el martillador—. ¿Cómo podéis estar seguros de que se trataba de Kadrin Melenarroja?

—Llevaba este talismán —respondió Uthor, sosteniéndolo en alto, a la luz que proyectaban las antorchas de la habitación.

—Dreng tromm —masculló Gromrund mientras inclinaba la cabeza, absorto por un momento en sus pensamientos—. En ese caso, llegamos demasiado tarde —añadió, mirando a Lokki a los ojos con tristeza.

—¡Silencio! —exigió Halgar, impidiendo hablar a Lokki.

La repentina exclamación asustó a Drimbold, que dejó caer un peine dorado que estaba usando para sacarse los gibils de la barba.

La expresión de Hakem indicó que lo había reconocido, pero antes de que pudiera discutirlo con el enano gris, Halgar se había puesto en pie y se había dirigido con paso firme a la parte posterior de la sala. Se fue acercando poco a poco a una estatua de piedra de Grungni colocada sobre una gran base octagonal, hacha en mano. Lokki lo siguió, pues a esas alturas ya había aprendido a confiar en los instintos del barbalarga. Rorek aguardó justo detrás de él y preparó la ballesta. Uthor rodeó la mesa por el otro lado con Gromrund pegado a su espalda.

—¿Qué es ese pestazo? —susurró el martillador, olfateando el aire.

—Da igual —repuso Uthor mientras sacaba el hacha—. Prepárate.

Hakem fue tras ellos. El enano de Barak Varr le lanzó una rápida mirada de reproche a Drimbold, que aguardaba pensativo en la mesa, aferrando su mochila.





Halgar se detuvo junto a la estatua y escuchó con atención. Le hizo una señal a Lokki. El señor del clan se acercó y examinó la estatua. Vio algo al bajar la mirada.

—Rorek —llamó entre dientes al ingeniero, que se reunió con él rápidamente, con la ballesta al hombro, mientras Halgar se hacía a un lado.

Rorek siguió la mirada de Lokki hasta la base octagonal y se fijó en un extraño grupo de tallas, ligeramente separadas del resto. El ingeniero se agachó y pasó los dedos con cuidado sobre la piedra, buscando alguna imperfección. Tiró de una parte del diseño, la efigie perfectamente redonda de la cabeza de un enano, y la giró. Cuando volvió a colocar la cabeza en su lugar, se produjo un chirrido y el ruido sordo de un cerrojo de piedra al deslizarse y, a continuación, apareció una pequeña grieta en el borde de la base octagonal.

—Ayúdame a levantarla —dijo Rorek, colocando los dedos debajo del borde.

Lokki hizo lo mismo, dándose cuenta rápidamente de lo que el ingeniero quería que hiciera. Halgar estaba preparado con Uthor, mientras que Gromrund y Hakem habían reunido antorchas y las sostenían, listos para lanzárselas a lo que fuera que acechaba bajo ellos.

—¡Tira! —exclamó Lokki.

Los dos enanos sacaron parte de la losa octagonal, dejando al descubierto una cámara pequeña y oscura en su interior, debajo de la misma estatua, con varios túneles que salían de ella. Dentro, parpadeando para protegerse del resplandor de las antorchas, había un enano con un grueso libro encuadernado en cuero apretado contra el pecho.

—Ralkan —farfulló semienloquecido mientras intentaba detener la brillante luz con la mano—, Ralkan Geltberg —repitió más fuerte y con mayor lucidez. Los ojos del enano mostraban un aire de súplica cuando añadió—: El último superviviente de Karak Varn.

